

MOTIVACIÓN

1. El sábado santo, ¿un día vacío?

El sábado santo es un día situado entre las dos cumbres de la celebración de la semana santa y de nuestra fe en Jesús, su muerte (que celebramos ayer) y su resurrección (que celebraremos mañana).

Parece ser un día vacío, sin nada propio que sea importante. Pero lo podemos llenar con una meditación acerca de la relación entre la muerte y la resurrección de Jesús. Esta meditación puede ayudarnos a profundizar en el sentido tanto de su muerte como de su resurrección. Y, por lo mismo, nos puede ayudar a enfrentar nuestra propia muerte inevitable de manera positiva, no como la aniquilación de la vida.

Es probable que en la catequesis que hemos recibido desde la infancia, en las homilias que hemos escuchado y en lo que hemos podido leer, la muerte y la resurrección de Jesús han sido presentadas como radicalmente separadas. Así sucede en algunos de los primeros discursos evangelizadores que se nos han conservado en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Por ejemplo, en el discurso de Pedro ante el Sanedrín: “El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien ustedes dieron muerte, colgándolo de un madero” (Hech 5,30). Aquí se separan drásticamente la muerte (la hacen los jefes del pueblo) y la resurrección (es obra de Dios).

Sin embargo, en ese mismo libro, Pablo pone un vínculo entre la muerte y la resurrección de Jesús: “Los habitantes de Jerusalén y sus jefes cumplieron, sin saberlo, las escrituras de los profetas que se leen cada sábado; y sin hallar en Jesús ningún motivo de muerte, pidieron a Pilato que lo hiciera morir. Y cuando hubieron cumplido todo lo que estaba escrito referente a Él, lo bajaron del madero y lo pusieron en el sepulcro. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos” (Hech 13,27-30). Aunque muerte y resurrección siguen estando separadas, hay un vínculo, porque, al matar a Jesús, los jefes “cumplieron, sin saberlo, las escrituras de los profetas”, es decir, su muerte tenía que ver con el designio de Dios.

Pero esto plantea un tremendo problema. ¿Por qué quiere Dios que Jesús muera? Y, desde el otro lado, ¿Cómo puede Jesús hacer suyo, sin autodestruirse en la muerte, este designio de su Padre? Con estas preguntas nos adentramos en el misterio más hondo de Jesús y de Dios mismo, que nos supera infinitamente. Sin embargo, podemos decir lo que nuestra inteligencia alcanza a percibir y nuestras palabras logran balbucear de este misterio.

Hay un punto desde el cual podemos echar una mirada luminosa al abismo del designio de Dios. En el cuerpo del Resucitado está incorporada su propia muerte; así lo testimonian las huellas de los clavos en sus manos y sus pies y el lanzazo en su costado.

Si la muerte puede ser recogida en la resurrección, ¿no será porque la resurrección estaba ya inscrita en su muerte? Creo que así es. Por debajo de la apariencia de asesinato -apariencia verdadera, en el nivel de la circunstancia histórica que rodea la muerte de Jesús-, esta muerte es su entrega libre, como afirma Jesús en el evangelio de Juan: “Nadie me quita la vida, soy yo que, libre, la doy”; y el mismo versículo continúa: “Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; ése es el mandato que he recibido de mi Padre” (Jn 10,18). Esta entrega de Jesús brota de su obediencia de amor al Padre, cuyo mandato él cumple. El Padre le ha dado poder para dar su vida - en la muerte- y poder para recobrarla -en la resurrección-.

Podemos concluir que la muerte de Jesús es ya, nuclearmente, su resurrección. Si nos atrevemos a tratar de ver lo que sucede en Dios mismo, la razón de fondo es que la muerte de Jesús

es expresión humana de su ser divino de Logos e Hijo en el seno de la Trinidad. El Hijo se recibe por completo eternamente del Padre, de modo que no tiene nada que no le sea dado por el Padre. Por lo mismo que se reconoce recibido del Padre, no puede considerar nada de lo que Él es como si fuera suyo, propiedad privada, logro personal. Reconocerse recibido es, en Jesús, nada más que la otra cara de su entregarse al Padre que lo engendra eternamente. Así, el entregarse del Hijo al Padre en el seno de la Trinidad es el reverso del hecho de que se está recibiendo eternamente de Él. Sin estar eternamente entregándose al Padre, no podría el Hijo estarse recibiendo eternamente como Hijo y Logos de Dios. Al entregarse Jesús a la muerte no hace entonces más que expresar humanamente en forma extrema lo que, como Logos e Hijo, constituye su ser mismo en la Trinidad: Logos-Hijo que existe en cuanto está permanentemente entregándose al Padre que lo engendra, que está recibándose permanentemente del Padre en su entrega agradecida a Él. Así, la entrega de Jesús a la muerte no es más que la culminación del modo humano del Logos-Hijo encarnado de estarse eternamente recibiendo del Padre; es, por lo tanto, idéntica con su resurrección. Ésta no hace más que expresar, en la existencia humana del Logos-Hijo, que el Padre acoge su entrega, es decir, que sigue dándosele eternamente.

Así también nuestra muerte puede ser vida resucitada. Lo dice nuestro Tata Esteban en su hermoso poema “Algo le ha pasado a mi muerte futura con la resurrección de Jesucristo”:

Algo le ha pasado a mi muerte futura
con la resurrección de Jesucristo.
Antes que venga, yo puedo adelantarme
y ganarle «el quien vive» a la muerte.
Puedo decirle: «no me puedes robar la vida,
simplemente porque yo puedo regalarla antes de tu visita».
Jesús me ha enseñado a darla entera, cuerpo y alma.
Cuando venga la muerte se quedará con un cadáver;
no conmigo.
Mi cuerpo ya es del Señor.
Mis miembros vivos son del Resucitado
desde mi bautismo.

Soy uno solo: cuerpo y espíritu,
uno solo en la vida verdadera.
La muerte no puede arrebatarme:
estoy en las manos de la Vida,
para siempre, en la misma fuente de la Vida.
Ése que llevan al cementerio ya no soy yo:
que se quede la muerte diluyendo bajo tierra lo que es tierra.
No puede tocar a mi persona.
No puede mi amor ser consumido por los gusanos.

Jesús es caminante, no posee nada como propio. Su ser de Hijo es regalo permanente del Padre y él lo agradece dándose eternamente al Padre. Nosotros estamos invitados a acoger el regalo del Padre -la vida, la fe- dándonos a Él por medio de nuestra entrega de amor a los demás.

2. ¿Podemos creer en la posibilidad de la resurrección?

La fe cristiana en la resurrección se apoya en una experiencia, que no es nuestra sino de un pequeño grupo de seguidores de Jesús, que lo vieron resucitado y estuvieron con él -en una ocasión fueron poco más de unos 500, dice Pablo (1Co 15,6) -; pero no fue una experiencia fácil de aceptar, como se ve en los relatos de los evangelios. De todos modos, nosotros ya no podemos tener esa experiencia, a lo más podemos hacer confianza a los que la tuvieron.

No pretendo demostrar la realidad de la resurrección, cosa que me parece imposible. Lo que quiero hacer es abrir caminos que pueden facilitarnos el aceptar el testimonio de la comunidad apostólica. Un camino es el del deseo. Es posible que todos los seres humanos aspiremos a una vida plena, sin muerte; un deseo que sentimos a veces en momentos de intenso goce o de experiencias sublimes, que quisiéramos que no terminaran, sino que se prolongaran indefinidamente, de manera que pudiéramos instalarnos en ellas para siempre. Pero yo quiero mostrar otras dos posibilidades.

a) *La muerte como un segundo parto*

Imaginemos a una criaturita que está gestándose en el vientre de su madre. Para ella, la experiencia del mundo se reduce a su proceso de estar desarrollándose fisiológicamente, recibiendo de su madre todo lo que necesita, sin que deba hacer ningún esfuerzo por su parte. Podemos imaginar que esa criatura se siente plena. Si pudiésemos preguntarle qué siente ante la posibilidad de abandonar ese mundo para nacer en este mundo donde estamos nosotros, que ya hemos abandonado el vientre materno, probablemente nos diría que tiene mucho miedo y que no cree que valga la pena abandonar el refugio perfecto en el que vive para salir a un mundo absolutamente desconocido, que quizá ni siquiera existe. Pero nosotros, que estamos del lado de acá, en el afuera del vientre materno, sabemos que si no da el paso de nacer, esa criatura no se desarrollará como persona y no podrá amar ni ser amada. Es cierto que el parto, que para nosotros es el paso a la vida humana plena, para esa criatura no nacida aún es la pérdida del mundo en que ha vivido hasta ahora, es su muerte a ese mundo, único que ha experimentado. El parto es para ella el despojo total de la vida que ha llevado en su madre, pero nosotros sabemos que es la condición indispensable para que inicie el largo proceso de hacerse más plenamente persona en este mundo de fuera. Y ella no tiene experiencia directa de este mundo, salvo quizá algunos ecos distantes que le pueden llegar enigmáticamente en la forma de voces que le cantan con cariño y que le llegan filtradas por las paredes y las aguas del vientre materno, o de manos que palpan desde lejos su frágil cuerpecito.

¿No será algo semejante la muerte que nos aguarda? De hecho, esta muerte futura nos despojará del mundo que conocemos y nos arrojará a un mundo absolutamente desconocido y, por lo mismo, posiblemente aterrador. Pero, al mismo tiempo, podemos pensar que tenemos ya alguna experiencia del mundo nuevo en el que vamos a nacer al morir. Por ejemplo, “canciones” que pueden ser palabras de la Escritura que nos conmueven profundamente y nos dan fuerza para seguir amando lo mejor que podamos; palabras como la de Pablo: “Cristo me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20), o como la de Juan: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su propio Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16), o palabras humanas de personas que nos quieren o de poetas y literatos que nos llegan al alma. Por ejemplo, “caricias”, que pueden ser gestos de amor que recibimos gratuitamente, tantas veces de manera inesperada y sorprendente. Cada uno puede hacer un inventario de experiencias humanas que han sido para él canciones de amor de Dios y caricias de Dios.

Concluyo que es posible creer que la muerte es un parto que nos lleva a una vida nueva con Dios. En la Escritura encontramos hermosas imágenes que nos inspiran el deseo de llegar a esa vida. En el libro del profeta Isaías leemos que Dios va a quitar el velo que cubre a todas las naciones -el velo que se ponía sobre los difuntos-, es decir, que va a dar vida nueva a la humanidad entera; y que va a invitar a todos los pueblos a un banquete con ricos vinos y deliciosas comidas (Is 25,6-9). Jesús

habló también del banquete en el reinado de Dios, al que llegarán gentes de todos los rincones del mundo (Mt 8,11; 22,1-10; Lc 13,29). En el evangelio de Juan, Jesús adelanta un gesto de infinita ternura para con sus discípulos, que consiste en prepararles una habitación a cada uno en la Casa del Padre, una casa que tiene -dice Jesús- muchas habitaciones (Jn 14,1-6).

Esta esperanza de una vida nueva con Dios a la que nacemos al morir no elimina la dureza implacable de la muerte, que es el despojo radical de nosotros mismos, que quedamos desnudos de todo lo que conocemos y experimentamos como vida humana. Pero este despojo puede ser vivido a la manera de Jesús, como entrega de nosotros mismos al Padre, que se nos ha dado al darnos una participación en su vida, al comunicarnos su aliento de vida que ha hecho de nosotros seres vivientes. Es más, en la perspectiva del despojo final y definitivo de la muerte, la estructura de nuestra vida humana, diseñada por el Dios Amor, nos va preparando cariñosamente para ese momento crucial. Luego de las primeras etapas en que somos el centro indiscutido del mundo y recibimos amor a raudales de los que nos rodean, ha venido el tiempo en que ese amor recibido que nos ha enseñado a amar lo hemos podido dar a nuestra vez a los que nos rodean; finalmente ha llegado o llegará el tiempo de la vejez, que nos va despojando, poco a poco, de lo que hemos adquirido como capacidades físicas e intelectuales, pero que no nos quita ni nos puede quitar el amor dado y recibido, porque el amor, en lo que tiene de auténtico, es de Dios y, por lo tanto, no puede desaparecer ni morir.

b) *La metamorfosis de la oruga en mariposa*

Presento la letra de la canción infantil “La cuncuna amarilla” de Mazapán¹:

Una cuncuna amarilla
Debajo de un hongo vivía
Allí en medio de una rama
Tenía escondida su cama.

Comía pedazos de hojas
Tomaba el sol en las copas
Le gustaba subirse a mirar
A los bichitos que pueden volar.

¿Por qué no seré como ellos?
Preguntaba mirando a los cielos
¿Por qué me tendré que arrastrar?
Si yo lo que quiero es volar.

Un día le pasó algo raro
Sentía su cuerpo inflado
No tuvo ganas de salir
Solo quería dormir.

Se puso camisa de seda
Se escondió en una gran higuera
Todo el invierno durmió
Y con alas se despertó.

¹ Escuchar en https://www.youtube.com/watch?v=Q1TUi_zc7_s.

Ahora ya puedo volar
Como ese lindo zorzal
Mariposa yo soy
Con mis alitas yo me voy.

Si en la creación se dan estas transformaciones tan radicales, ¿no es acaso pensable una transformación de nuestra vida terrestre después de la muerte? De hecho, mirado desde la cuncuna, ella muere; pero, mirado desde la mariposa, esa misma cuncuna vive en un estado nuevo, que era precisamente al que aspiraba: la cuncuna quería volar.

¿No aspiramos nosotros a una vida plena, de felicidad sin sombras de dolor, una vida que nunca se nos da en nuestra vida terrena? ¿Quedará nuestro deseo frustrado para siempre?

* * * * *

Para la reflexión:

1. Meditar (y gozar) el poema “Algo le ha pasado a mi muerte futura con la resurrección de Jesucristo”.
2. Reflexionar sobre el vínculo entre muerte y resurrección que podemos descubrir en el caso de Jesús.
3. ¿Qué experiencias humanas han sido para mí canciones de amor de Dios y caricias de Dios?
4. ¿Qué me aporta la “Cuncuna amarilla” de Mazapán?
5. Meditar los textos del archivo “Sábado Santo – Textos”.